

por convencimiento, declararon no deber ser considerados como mártires los que buscaban ó provocaban el martirio, lo cual dió ocasion al fogoso Eulogio para escribir con nuevo fervor contra esta doctrina, calificándola de debilidad deplorable. No cesó por esto ni la audacia de los fieles ni el rigor de los mahometanos: siguióse una dispersion de mozárabes, y el mismo obispo de Córdoba, Saul, se vió preso en una cárcel por el metropolitano de Sevilla (1).

Cumplióse en esto el plazo de los días de Abderrahman II. Dicen nuestras crónicas, que asomándose una tarde á las ventanas de su alcázar, y viendo algunos cuerpos de mártires colgados de maderos orilla del río, los mandó quemar, y que ejecutado esto, le acometió un accidente de que falleció aquella misma noche (setiembre de 852; último de la luna de safar de 238). Todos los pueblos lloraron su muerte como la de un padre, dicen las historias musulmanas. Había reinado treinta y un años, tres meses y seis días. Dejó muchas hijas y cuarenta y cinco hijos varones: el que le sucedió en el imperio se llamaba Mohammed.

No se templó, antes arreció mas con Mohammed I, la borrasca de la persecucion contra los cristianos. El nuevo emir comenzó por lanzar de su palacio á los que servían en él, y por destruir sus templos. Entre los muchos mártires de esta segunda campaña, lo fué el ilustrado y fervoroso Eulogio, que acababa de ser nombrado metropolitano de Toledo. La causa ostensible fué haber ocultado en su casa á Leocricia, que siendo hija de padres mahometanos habia abrazado el cristianismo, y buscado un asilo en casa de Eulogio. Ambos fueron decapitados: los cristianos rescataron los cuerpos de estos santos mártires y los depositaron en sus templos.

La imparcialidad histórica nos obliga á consignar lo mismo los lunares que las glorias de las actas del cristianismo. No todo fué pureza, virtud y perseverancia en esta época de tribulacion y de prueba. Algunos cristianos tuvieron la flaqueza de apostatar, lo cual no nos admira, porque el heroísmo no puede ser una virtud comun á todos los hombres, y esto es precisamente lo que constituye su mérito. Lo peor fué que vino á los cristianos andaluces otra persecucion de quien menos lo podían esperar, de algunos obispos cristianos. Hostigesio, prelado de Málaga, y Samuel, de Elvira, no contentos con haber convertido sus casas, de asilos modestos de la virtud que debían ser, en lupanares inmundos; no satisfechos con propalar herejías acerca de la naturaleza de Cristo conforme á lo que de ella enseñaban los mahometanos; y no teniendo por bastante apropiarse las limosnas y oblaciones de los fieles y malversar los bienes del clero, excitaron á Mohammed á que exigiese nuevos tributos personales á los cristianos, haciendo para ello un empadronamiento general escrupuloso, convidándose ellos á hacer uno minucioso y exacto de los de sus diócesis. Servando, conde de los cristianos, en quien estos deberían creer encontrar consuelo y apoyo, habia pedido permiso á Mohammed para exigirles cien mil sueldos, hacia desenterrar á los mártires, y formaba causas á los fieles por haberles dado sepultura. En tan apurado y extraño conflicto, un nuevo atleta se presenta á sostener la buena causa de los oprimidos cristianos, el abad Samson, varon respetado por su piedad y por su literatura.

Peró el disidente Hostigesio negocia con Mohammed la convocacion y reunion de un concilio de los obispos de la comarca para que en él sea juzgado Samson, y para que se obligue á todos los prelados católicos á que hagan la matrícula de sus súbditos á fin de exigirles nuevos y crecidos impuestos. Extraña singularidad la de este lamentable episodio de la historia cristiana. Un obispo disidente, immoral, avaro, manchado de herejía, instiga á un califa de Mahoma á celebrar un concilio de obispos cristianos para condenar al mas celoso defensor de la pureza de la fe. Este concilio se celebra en Córdoba con asistencia del prelado de esta ciudad, de los de Cabra, Ecija, Almería, Elche y Medina Sidonia. Samson se previene con una profesion de fe que sustenta con valor en sus discusiones con Hostigesio, pero las furibundas amenazas,

(1) Eulog. Memorial. Sancto.—Id. Liber apologet.—Alvar. Indicul. luminos.

ya que no las razones de este prelado, logran intimidar á los débiles ancianos que componian el sínodo, y la doctrina y proposiciones de Samson son declaradas perniciosas, cuya sentencia hacen circular Hostigesio y Servando por todas las iglesias de Andalucía. Samson por su parte, demuestra la nulidad de la sentencia como arrancada por la violencia y el dolo. Provocada nueva declaracion, algunos obispos se retractan de la primera, y entre ellos Valencio de Córdoba, que para manifestar el aprecio que le merecia la doctrina de Samson le hizo abad de la iglesia de San Zoilo (2). Esto acabó de irritar al partido de Hostigesio y Servando; que acudiendo entonces á la calumnia y á la intriga, y aprovechando la predisposicion de Mohammed, consiguen que el abad Samson sea depuesto y desterrado á Martos, donde compuso la interesante defensa de su doctrina con el título de *Apologetico*, acalorando con esto mas y mas los ánimos. Siguiéronse mutuas profanaciones é insultos de cristianos y musulmanes en sus respectivos templos, hasta que la tormenta fué con la accion misma del tiempo calmado, ó mas bien la atencion de los musulimes se distrajo hácia los campos de batalla, donde cristianos, muzlitas y moros rebeldes combatian con las armas el poder central del imperio árabe-hispano.

Tal fué este episodio tan glorioso como sangriento de la Iglesia mozárabe española, que podremos llamar la era de los martirios, y que produjo, además de una multitud de hechos heroicos mezclados con otros de lamentable recuerdo, un catálogo de santos con que se aumentó el martirologio de España, y los luminosos escritos de San Eulogio, de Pablo Alvaro y del abad Samson, que han llegado hasta nuestros días, y sin los cuales nos veríamos privados de las noticias de este periodo de lucha religiosa, tanto mas gloriosa cuanto era con mas desiguales armas sostenida (3).

Habia sucedido en 850 á Ramiro de Asturias su hijo Ordoño, primero de este nombre, que tuvo que inaugurar su reinado con una expedicion contra los vascones de Alava que se habian sublevado, sospéchase que en connivencia con los musulmanes, y á los cuales logró sujetar y tener sumisos. Pero el hecho mas brillante de las armas del nuevo monarca de Oviedo fué la famosa victoria que en la Rioja alcanzó sobre un ejército mahometano mandado por Muza ben Zeyad. Antes de referir este célebre triunfo de Ordoño, necesitamos dar cuenta de quien era este Muza que tan famoso se hizo en la historia española del siglo IX.

Muza era godo de origen y habia nacido cristiano. Por ambicion habia renegado de su fe, y abrazado el islamismo con toda su familia. En poco tiempo habia hecho una brillante carrera en tiempo de Abderrahman, y esto mismo acaso le tentó á rebelarse á su vez contra los árabes: con ardides tanto como por fuerza se habia ido apoderando de Zaragoza, de Tudela, de Huesca y de Toledo: el gobierno de esta última ciudad y comarca le dió á su hijo Lupo (el Lobia de los árabes), y cerca de Logroño levantó una nueva ciudad que nombró *Albaida* (Albelda entre los cristianos), y que hizo como la capital de sus Estados. Los vascones, ó por temor á un vecino tan poderoso, ó por huir de sujetarse al reino de Asturias, hicieron alianza con Muza, y García su príncipe llegó á tomar

(2) El título de Abad que se da á Samson no lo era de dignidad monástica, sino de gobierno parroquial, como en nuestros días se llaman abades los curas propios de las iglesias en Galicia y Portugal.

(3) A principios del siglo XIV, con ocasion de limpiarse un pozo distante media legua de Trasierra, se halló la famosa campana del abad Samson, así llamada por haber sido donacion de este virtuoso y erudito presbítero á la iglesia de San Sebastian, en 875, notable por la circunstancia de creerse la campana mas antigua que se conserva en España. Tiene cerca de un pie de alto y otro tanto de diámetro, con asa para tocarla, y una inscripcion que expresa el año de la oferta. Habia sido llevada al monasterio de Valparaíso cerca de Córdoba, y en la última supresion de las órdenes religiosas fué entregada por la comision de arbitrios de amortizacion á la de ciencias y artes, que la colocó en el colegio de humanidades de la Asuncion, donde se conserva.—Ramirez y las Casas Deza, Antigüed. de Córdoba.—Las preciosas escritas de San Eulogio, de Pablo Alvaro y de Samson, que tan interesantes noticias nos han trasmitido acerca de este importante período de la historia cristiano-musulmana, se hallan en los tomos X y XI de la España Sagrada de Florez.

por esposa una hija del doblemente rebelde caudillo. Alentado este con sus prosperidades, y noticioso del miserable estado en que los dominios de Carlos el Calvo se hallaban, acometió la Gothia, franqueó los Pirineos, y solo á precio de oro pudo el nieto de Carlo-Magno comprar una paz bochornosa. Entre tanto Lupo su hijo se mantenía en Toledo y el rey de Asturias fomentaba y protegía su rebelion, y aunque las huestes de Mohammed lograron un señalado triunfo sobre las tropas rebeldes de Lupo y las auxiliares cristianas, matando gran número de unas y otras, la ciudad no pudo ser tomada: dejó el emir encomendado el sitio á su hijo Almondhir, el cual no tardó en ser batido por Muza. Envanecido este con tantas victorias, se hacia llamar *el tercer rey de España*, y quiso tratar con el emir como de igual á igual. Y en efecto, llegó á dominar Muza en una tercera parte de la Península. Pero estas mismas pretensiones hicieron que los cristianos, en vez de mirarle como aliado, le miraran ya como enemigo.

Desavenidos estaban cuando se encontraron en la Rioja. Ordoño fué el que tomó la ofensiva: un cuerpo de tropas destacó sobre Albelda, y al frente de otro marchó él mismo contra Muza. Dióse el combate en el monte Laturce, cerca de Clavijo: la victoria se declaró por los soldados de Ordoño; diez mil sarracenos quedaron en el campo; entre los muertos se halló el yerno y amigo de Muza, García de Navarra; el mismo Muza, herido tres veces por la lanza de Ordoño, pudo todavía salvarse en un caballo que le prestaron, y se fué á buscar un asilo entre sus hijos Ismail y Fortun, walf de Zaragoza el uno, de Tudela el otro: los ricos dones que habia recibido de Carlos el Calvo quedaron en poder de Ordoño. El monarca cristiano marchó sin pérdida de tiempo sobre Albelda; y habiéndola tomado despues de siete días de asedio, la hizo arrasar por los cimientos; la guarnicion musulmica fué pasada á cuchillo, y las mujeres y los hijos hechos esclavos. De tal manera consternó este doble triunfo de los cristianos al hijo de Muza Lupo, el gobernador de Toledo, que pareció faltarle tiempo para solicitar la amistad de Ordoño y ofrecerse para siempre á su servicio. Así humilló el valeroso rey de Asturias el desmedido orgullo de *Muza el renegado*, librando al mismo tiempo al emir de Córdoba de su mas importuno y temible enemigo (1).

Alentóse con esto Mohammed, y consagróse á acabar á toda costa con la rebelion de los hijos de Muza. Años hacia que Lupo se mantenía en Toledo sitiado por Almondhir, sin que le arredrara el haber visto enviar setecientas cabezas de los suyos cogidos en Talavera para adornar, segun costumbre, las almenas de Córdoba. Fué, pues, Mohammed á activar y estrechar el sitio. Cansados los labradores y vecinos pacíficos de Toledo de los males de la guerra y de ver cada año destruir sus mieses, sus huertas y sus casas de campo, ofrecieron al emir que le entregarian la ciudad y aun las cabezas de los jefes rebeldes si les otorgaba perdon. Prometióselo así Mohammed, y abriéronse las puertas de Toledo aun antes del plazo designado; algunos caudillos fueron puestos á su disposicion; otros pudieron huir disfrazados, entre ellos el mismo Lupo, que fué á refugiarse á la corte de Ordoño el cristiano (859), de quien continuó siendo aliado y amigo. Así acabó por entonces la famosa rebelion de Muza el renegado, del que tuvo la presuncion de titularse *el tercer rey de España*. Ocupóse Mohammed en arreglar las cosas del gobierno de Toledo (2).

Cúpole á Ordoño otra gloria semejante á la que habia alcanzado su padre Ramiro. Los normandos, esos aventureros de los mares, ni nunca quietos, ni nunca escarmentados (los *Magioges* de los árabes), vinieron á intentar un nuevo desembarco en Galicia (860). Sesenta naves traian ahora. Rechazó de allí esta segunda vez el conde Pedro aquellos formidables marinos, que se vieron forzados á bordear como antes el litoral de Lusitania y Andalucía en busca siempre de presas que arrebatar: arrasaron aldeas, atalayas y caserios desde

(1) Seb. Salmant. Chron. n. 26.—Esta fué la verdadera batalla de Clavijo, y es de sospéchar que fuese la que por error se atribuyó á Ramiro.

(2) Conde, part. II, cap. 48.

Málaga á Gibraltar, saquearon en Algeciras la mezquita de las Banderas, y acosados por las tropas de Mohammed pasaron á las playas de Africa, recorrieron la costa de la Galicia, las Baleares, el Ródano, los mares de Sicilia y de Grecia, haciendo en todas partes los mismos estragos, dejando tras sí una huella de devastacion y de sangre, hasta que desaparecieron en el Océano para entrar otra vez en la Escandinavia con los despojos que habian podido recoger de todos los países.

Ordoño, que no olvidaba sus naturales y mas inmediatos enemigos, los árabes, llevó sus armas á las márgenes del Duero, venció al walf de la frontera Zeid ben Cassim, y tomó varias poblaciones, entre ellas Salamanca y Coria, que no se esforzó en conservar, contentándose con destruir sus murallas y llevar cautivos al centro de su reino. Así no creemos que para recobrarlas hubiera necesitado Almondhir el Omniada llevar tan grande ejército como luego llevó, y cuyo aparato de fuerza podia solo justificar el respeto que ya les imponia el nombre de Ordoño. Desde el Duero llevó Almondhir sus huestes hácia el Nordeste de la Península, franqueó el Ebro, penetró por Alava en la alta Navarra y montes de Afranc, taló las campiñas de Pamplona, ocupó algunas fortalezas de su comarca, y cautivó, dice un autor árabe, á un cristiano muy esforzado y principal llamado Fortun (3), que llevó consigo á Córdoba, donde vivió veinte años, al cabo de los cuales fué restituido á su patria. Esta expedicion tuvo sin duda por objeto castigar á los que habian sido aliados del rebelde Muza.

A poco tiempo de esto (en 863) llevaron al emir de Córdoba sus *forénicos*, ó correos de á caballo, nuevas que le pusieron en grande euidado y alarma. Los cristianos de Afranc y los de Galicia habian invadido simultáneamente y por opuestos puntos las tierras de su imperio. Ordoño habia entrado en la Lusitania, corrido la comarca de Lisboa, incendiado á Cintra, saqueado los pueblos abiertos y cogido multitud de ganados y cautivos. La fama abultaba los estragos, y Mohammed creyó llegado el caso de hacer publicar la guerra santa en todos los alminbares. Juntáronse todas las banderas y Mohammed penetró con sus huestes en Galicia hasta Santiago. Mas cuando él llegó, ya los cristianos se habian recogido y atrincherado en sus impenetrables riscos: con que tuvo por prudente regresar por Salamanca y Zamora hácia Toledo.

En las fronteras de Afranc un hombre oscuro daba principio á una guerra que habia de ser dura y porfiada. Este hombre era Hafsún, originario de aquellas tribus berberiscas que en el principio de la conquista se establecieron en los altos valles y sierras mas ásperas del Pirineo. Aunque nacido en Andalucía, era oriundo de la proscrita raza de los judíos. Sus principios fueron oscuros y humildes. Vivía del trabajo de sus manos en Ronda, pero descontento de su suerte pasó á Torgiela (Trujillo) á buscar fortuna, y no hallando recursos para vivir se hizo salteador de caminos, llegando por su valor á ser jefe de bandoleros, y á adquirir no escasa celebridad en aquella vida aventurera y agitada. Hafsún y su cuadrilla se hicieron dueños de una fortaleza llamada Calat-Yabaster. Por último, arrojado del país, se trasladó á las fronteras de Afranc, y se apoderó del fuerte de Rotah-el-Yehud (Roda de los Judíos), situado en un lugar inexpugnable por su elevacion y aspereza sobre peñascos cercados del río Isabana.

No solo fué bien recibido allí Hafsún por los judíos berberiscos, sino que viendo los cristianos de Ainsa, Benabarre y Benasque la fortuna de sus primeras algaras, confederáronse con él para hacer la guerra á los mahometanos; y precipitándose como los torrentes que se desgajan de aquellos riscos, cayeron sobre Barbastro, Huesca y Fraga, levantando los pueblos contra el emir. El walf de Zaragoza, resentido de haber sido nombrado otro gobernador de la ciudad, si no favoreció á los rebeldes, á lo menos no se opuso á sus progresos y cor-

(3) Este Fortun pudo ser muy bien el hijo de Muza, gobernador de Tudela: mas al decir de algunas historias navarras era Fortuño, hijo del García Inigo ó Iniguez, muerto en Albelda, y añaden que con él fué llevada á Córdoba su hermana Iniga, y que el haber recobrado su libertad al cabo de los veinte años fué debido al casamiento de Iniga con Abdallah, hijo segundo de Mohammed.



rieras. El wali de Lérida Abdelmelik tomó abiertamente partido en favor de Hafsún, y le entregó la ciudad. Lo mismo hicieron los alcaides de otras poblaciones y fortalezas. De modo que el menestral de Ronda, el jefe de bandidos de Trujillo, se vió en poco tiempo dueño de una parte considerable de la España Oriental y de gran número de ciudades y castillos, con lo que mas y mas envalentonado, recorrió las riberas del Ebro y fértiles campiñas de Alcañiz, engrosando sus filas con todos los descontentos, fuesen cristianos, judíos ó musulmanes.

Sobresaltado Mohammed con tan seria insurrección, y no pudiendo desatender las fronteras del Duero, continuamente invadidas é inquietadas por los cristianos de Ordoño, trató primeramente, y antes de emprender operaciones contra el rebelde Hafsún, de asegurarse al menos de la neutralidad del imperio franco, á cuyo efecto envió á Carlos el Calvo embajadores con ricos presentes y con proposiciones de paz y amistad. Carlos, á quien hallamos siempre dispuesto y poco escrupuloso en firmar paces y alianzas con todo género de enemigos, no desechó tampoco la propuesta del emir, y despachó á su vez á Córdoba mensajeros encargados de acordar las bases de la pacificación, los cuales, desempeñada su misión, volvieron llevando consigo, en testimonio de las buenas disposiciones de Mohammed, camellos cargados con pabellones de guerra, ropas y telas de diferentes clases, y artículos de perfumería, que el nieto de Carlo-Magno recibió gustoso en Compiègne. Despues de lo cual juntó Mohammed el mas numeroso ejército que pudo, haciendo concurrir á todos los hombres de armas de Andalucía, Valencia y Murcia, resuelto á dar un golpe de mano decisivo al rebelde Hafsún. Su hijo Almondhir quedó encargado de la frontera de Galicia con las tropas de Mérida y de Lusitania, y él con su nieto Zeid ben Cassim marchó hácia el Ebro con toda la gente.

Temeroso Hafsún de no poder competir con fuerzas tan considerables, recurrió á la astucia, ó mejor dicho, á la falsía y al engaño, pero engaño mañosamente urdido para hombre de tan humilde extracción. Escribió, pues, al emir, haciéndole mil protestas, al parecer ingenuas, de obediencia y sumisión, y jurando por cielos y tierra que todo cuanto hacia era un artificio para engañar á los enemigos del Islam; que á su tiempo volvería las armas contra los cristianos y malos musulimes; que le diese al menos el gobierno de Huesca ó de Barbastro, y vería cómo oportunamente y de improvisó daba á los enemigos el golpe que tenia pensado. Cayó completamente Mohammed en el lazo, creyó las palabras arteras del rebelde, ofrecióle para cuando diese cima á sus planes no solo el gobierno de Huesca sino el de Zaragoza, envió una parte del ejército, como innecesario ya, á las fronteras de Galicia á reforzar á Hafsún, encomendó á su nieto Zeid ben Cassim la expedición proyectada de acuerdo con Hafsún, y él regresó camino de Córdoba.

Incorporáronse las tropas de Zeid con las de Hafsún en los campos de Alcañiz: con las demostraciones mas afectuosas acamparon llenas de confianza junto á los que creían sinceros aliados. Mas cuando se hallaban entregadas al reposo de la noche, los soldados de Hafsún se echaron traidoramente sobre los de Zeid, y degollaron alevosamente á los mas, incluso el mismo Zeid ben Cassim, que murió peleando valerosamente antes de cumplir diez y ocho años. El emir, todos los caudillos de su guardia, todos los walis de Andalucía, juraron vengar acción tan alevé; Mohammed lo escribió á su hijo Almondhir, el cual recibió los despachos de su padre en tierras de Alava, é inmediatamente hizo leer su contenido á todo el ejército. La indignación fué general; caudillos y soldados, todos pedían ser llevados sobre la marcha á castigar la negra perfidia de Hafsún. De Córdoba y Sevilla se ofrecieron muchos voluntarios á tomar parte en aquella guerra de justa venganza.

Partió, pues, Almondhir con su ejército de sirios y árabes, ardiendo todos en cólera. Los rebeldes habian vuelto á atrincherarse en los montes y en la fortaleza de Roda, que era, dice un autor musulman, el nido del pérfido Hafsún. Allí salió á rechazarlos el intrépido Abdelmelik, el wali de Lérida, que se habia incorporado á Hafsún. A pesar de las ventajas

que le daba la posición, los andaluces pelearon con tal coraje, que sus espadas se saciaron de sangre enemiga. Abdelmelik escapó herido con un centenar de los suyos, y se refugió en el castillo de Roda. La noche suspendió la matanza. Al día siguiente los soldados de Almondhir atacaron la fortaleza sin que les detuvieran las breñas y escarpados riscos que la hacían al parecer inaccesible. Todo lo allanaron aquellos hombres frenéticos, si bien á costa también de no poca sangre. Abdelmelik, aunque herido, peleó todavía hasta recibir la muerte, y su cabeza fué cortada para presentarla á Mohammed; muchos rebeldes se precipitaron de las rocas: Hafsún logró escapar á los montes de Arbe, aconsejó á sus secuaces que se sometiesen al vencedor para conjurar su justa saña, y repartiendo sus tesoros entre los que le habian sido mas fieles, desapareció, dicen, en aquellas fragosidades. La victoria de Almondhir intimidó toda la comarca, y apresuráronse á ofrecerle su obediencia las ciudades de Lérida, Fraga, Ainsa, y todas aquellas tierras (866). Almondhir victorioso se volvió á Córdoba, donde fué obsequiado con fiestas públicas.

En este año, que fué el de 866, falleció el rey Ordoño en Oviedo, muy sentido de sus súbditos, así por su piedad y virtudes, como por haber engrandecido el reino y héchole respetar de los musulmanes, con los cuales tuvo otros reencuentros en que salió victorioso, y cuyos pormenores y circunstancias no especifican las crónicas. Ordoño habia reedificado muchas ciudades destruidas mas de un siglo hácia, y entre ellas Tuy, Astorga, Leon y Amaya, y levantado multitud de fortalezas al Sur de las montañas que servían como de ceñidor al reino, y acrecido este en una tercera parte del territorio. Reinó Ordoño poco mas de diez y seis años, y fué sepultado en el panteón destinado á los reyes de Asturias (1).

## CAPITULO XII

### Almondhir y Abdallah en Córdoba: Alfonso III en Asturias

DE 866 A 912

Proclamación de Alfonso III el Magno.—Breve usurpación del conde Fruela.—Su castigo.—Primeros triunfos de Alfonso sobre los árabes.—Casa con una hija de García de Navarra.—Consecuencias de este enlace para los navarros.—Conjuración de los cuatro hermanos de Alfonso.—Brillantes victorias de este sobre los árabes: en Lusitania; en Zamora.—Calamidades en el imperio musulman.—El rebelde Hafsún y su hijo.—Batalla de Aybar, en que perece García de Navarra.—Condes de Castilla y Alava.—Fundación de Burgos.—Tratado de paz entre Mohammed de Córdoba y Alfonso de Asturias.—Conspiraciones en Asturias descubiertas y castigadas.—Misteriosa muerte de Mohammed.—Breve reinado de Almondhir.—Famosa rebelión de Ben Hafsún.—Emirato de Abdallah.—Complicación de guerras y sediciones.—Campañas felices de Abdallah.—Renueva la paz con Alfonso de Asturias.—Sus consecuencias para uno y otro monarca.—Conjúranse contra Alfonso la reina y todos sus hijos.—Magnánima abdicación de Alfonso.—Repartición de su reino.—Primer rey de Leon.—Origen y principio del reino de Navarra.—Origen y principio del condado independiente de Barcelona.

Catorce años solamente tenia Alfonso, el hijo de Ordoño, cuando su padre le asoció ya al gobierno del reino. Diez y ocho años cumplia cuando en mayo de 866 entró á reinar solo bajo el nombre de Alfonso III, confirmando los prelatos y próceres la voluntad de su padre (2). Parecía haberse contaminado el

(1) El Albeldense le da el bello nombre de *padre del pueblo*. Con él acabó su crónica el obispo Sebastian de Salamanca, y empieza la suya el obispo Sampiro de Astorga.

(2) Mariana, en su empeño de hacer desde el principio hereditaria la corona de Asturias, contra todos los datos históricos, no podia dejar de decir que pertenecía de derecho á Alfonso, por ser el mayor de los hermanos. El trono de la restauración no era mas hereditario que el de los godos: lo que hacían los monarcas era asociarse en vida aquel de sus hijos que querían les sucediese, para allanar así el camino á la elección, y el clero y la nobleza solían condescender con la voluntad del padre cuando no habia un motivo poderoso para excluir al hijo. Así tácitamente y por consentimiento se fué haciendo el trono hereditario, como lo iremos viendo.—En cuanto á las variantes que se notan en la cronología del tercer Alfonso entre las crónicas de Albelda, de Sampiro y del Silense, parecénos que las concierda cumplidamente el erudito Risco en la España Sagrada, tom. 37, capítulo 25, á quien seguimos.

reino de Asturias con el ejemplo del de los árabes, pues nunca faltaba ya ó algun magnate ó algun pariente del rey electo que le disputara la posesión del trono. Esto hizo con el tercer Alfonso el conde Fruela de Galicia, que puesto á la cabeza de un ejército marchó atrevidamente sobre Asturias, y hallando desapercibidos á los nobles y al rey, penetró en Oviedo y se apoderó del palacio y de la corona, teniendo el joven Alfonso que huir á los confines de Castilla y de Alava, como en otro tiempo y por igual motivo habia tenido que hacerlo Alfonso II. De brevisima duración fué su ausencia, porque volviendo pronto en sí los nobles asturianos, irritados contra el usurpador, asesinaron una noche á Fruela en su palacio, llamaron á Alfonso, y volvió el joven príncipe á tomar posesión del trono que le pertenecía con gran contentamiento del reino.

Si en esto se asemejó el principio de su reinado al de su abuelo Ramiro, parecióse al de su padre Ordoño en haber tenido que hacer el primer ensayo de sus armas en reprimir una insurrección de los alaveses, siempre inquietos y mal avenidos con la dominación de los reyes de Asturias. La presencia y resolución del joven monarca, que voló á apagar aquel incendio, desconcertó á los sublevados, que asustados ó arrepentidos, le prometieron obediencia y fidelidad, y el autor de la sedición, el conde Eilon, prisionero y cargado de cadenas, fué llevado por Alfonso á Oviedo y encerrado allí en un calabozo, donde acabó sus días (1). El gobierno de Alava fué confiado al conde *Vigila* ó *Vela Jimenez* (867).

Aunque de pocos años Alfonso, y teniendo por rival á un príncipe tan avezado á los combates, tan valeroso y resuelto como Mohammed de Córdoba, estaba destinado á dar un gran impulso á la restauración española y á merecer el renombre de *Magno* que se le aplicó y con que le conoce la posteridad. Una escuadra musulmana á las órdenes de Walid ben Abdelhamid se habia dirigido á Galicia. Al abordar á la desembocadura del Miño desencadenó una borrasca, de cuyas resultas se perdieron ó estrellaron casi todos los buques, pudiendo apenas el almirante Walid regresar por tierra á Córdoba, no sin riesgo de caer en manos de los cristianos. Alentado el rey de Oviedo con este desastre, atrevióse á pasar el Duero y tomó á Salamanca y Coria. Verdad es que no pudo conservarlas, porque los walis de la frontera se entraron á su vez por el territorio cristiano; pero en cambio, habiéndose internado mas de lo que la prudencia aconsejara, se vieron de improviso acometidos y envueltos en terreno donde no podia maniobrar la caballería, y una terrible matanza fué el castigo de su temeridad. Los árabes no disimularon su consternación, y Alfonso se retiró tranquilo y triunfante á su capital (868).

Fueron los árabes, capitaneados por el príncipe Almondhir, á probar mejor fortuna por la parte de Afranc y montes Albasenses. Tampoco fueron felices en esta expedición. Almondhir intentó, pero no pudo tomar á Pamplona, defendida por García, hijo del otro García el yerno de Muza. Levantó, pues, el sitio, y dirigió sus huestes sobre Zaragoza, resuelto á

(1) Sampiro, Chron. p. 838.—La tradición vascongada supone que apenas regresó Alfonso á Oviedo los habitantes de Vizcaya, provincia entonces comprendida en Alava, se rebelaron contra Alfonso, y congregados so el árbol de Guernica nombraron por su señor ó *jaona* á uno de sus compatriotas llamado *Zuria*: que Alfonso despachó á Odoario á sofocar esta nueva insurrección, y que habiendo encontrado á los sediciosos en la aldea de *Padura*, no muy lejos del sitio donde mas adelante se edificó Bilbao, se empeñó un sangriento combate, en que las tropas reales quedaron completamente derrotadas y muerto su jefe: que en memoria de tan señalado suceso el lugar de Padura tomó el nombre de *Arrigorriaga*, que en la lengua del país significa *pedras bermejas*, aludiendo á la mucha sangre de que quedó teñido: que Alfonso ocupado en otras guerras no pudo ó no cuidó de vengar esta derrota, y que de aquí data la independencia del señorío de Vizcaya, suponiendo á los señores de la tierra descendientes y sucesores de *Zuria*. Mas como todas estas relaciones no se apoyan en documento alguno histórico de que tengamos noticia, nos contentamos con indicarlas sin admitirlas.—Sobre esto y sobre los demás precedentes en que pretenden los vizcaínos apoyar la antigüedad de su señorío, trató de propósito el erudito Llorente, *Noticia de las Provincias Vascongadas*, tom. 1, cap. 9.—Todo esto acogió con su acostumbrada sinceridad el P. Mariana, y además supone un señor de Vizcaya nombrado Zenon, descendiente de Eudon, duque de Aquitania, de que no nos habla escritor alguno de aquellos tiempos.

castigar al viejo Muza que aun se mantenía allí. Prolongóse el sitio por todo el año, hasta que habiendo ocurrido la muerte de Muza, no sin sospechas de haber sido ahogado en su misma casa, se rindió la ciudad (870). Pero el espíritu de rebelión estaba ya como encarnado en el corazón de los musulmanes españoles, y á pesar de la muerte trágica de Muza, y de la rendición de Zaragoza, otra sublevación estalló en la siempre inquieta Toledo. Dirigíala Abdallah, nieto del mismo Muza, é hijo de aquel Lupo que habia vivido en Asturias en compañía del rey Ordoño. Era hombre de ánimo y de experiencia, y los cristianos fomentaban aquella rebelión. Acudió Mohammed en persona como en tiempo de Lupo, y limitóse como entonces á sitiar la ciudad. Cuando Abdallah conoció que no podia resistir á las numerosas tropas del emir, salió con pretexto de reconocer el campo enemigo, y despachó luego comisionados aconsejando á los toledanos que se sometiesen á Mohammed. Poco faltó para que la plebe indignada despedazase á los enviados de Abdallah; con dificultad pudieron contenerla los hombres mas prudentes y de mas influjo; al fin, aunque de mala gana, vinieron á la capitulación y se estipuló la entrega de la ciudad á condicion de que se echaria un velo sobre lo pasado. Muchos generales aconsejaban al emir que hiciese demoler las murallas y torres de un pueblo en que se abrigaba gente tan indómita y discola, y que seria un perpetuo foco de revolucion; pero los hijos de Mohammed fueron de contrario parecer y prevaleció su dictámen (2).

Realizóse en este tiempo un suceso que habia de ejercer grande influjo en la posición respectiva de los cristianos entre sí y en sus relaciones con los musulmanes. Los vascones navarros, que desde la derrota del ejército de Luis el Benigno en 824 en Roncesvalles habian sacudido la tutela forzosa en que querian tenerlos los monarcas francos, se habian sostenido en una situación no bien definible, ni enteramente sujetos á los reyes de Asturias, ni del todo independientes, aliándose á las veces con los sarracenos para libertarse del dominio, ya de los cristianos de Aquitania, ya de los de Asturias, y gobernábanse por caudillos propios, condes ó príncipes, que ejercían entre ellos una especie de autoridad real. Los monarcas asturianos solían domeñarlos de tiempo en tiempo, pero manteníanse siempre viva una rivalidad funesta para los dos pueblos, y funesta también para la causa del cristianismo. Ejercía esta especie de soberanía en aquel tiempo aquel García gobernador de Pamplona y de Navarra, hijo del otro García Iñigo, acaso el conocido con el sobrenombre de *Arista*. Viendo Alfonso III la dificultad de someter á García, y deseoso de robustecer el poderío de los cristianos, hizo con él una alianza política, que quiso afianzar con los lazos de familia, y pidió y obtuvo como prenda de seguridad la mano de su hija Jimena. De este modo esperaba reunir todas las fuerzas cristianas de España contra el comun enemigo. De cuyo principio nace que los caudillos, condes ó soberanos del Pirineo, comenzaran á obrar como reyes, considerando como separados de la corona de Asturias los territorios de Pamplona y Navarra, que hasta entonces se habian mirado como anexos, agregados ó dependientes (3).

Hácia esta época se refiere la conjuración que al decir del cronista Sampiro tramaron contra el trono y la vida de Alfonso sus cuatro hermanos ó parientes, Fruela, Nuño, Veremundo y Odoario; conjuración que castigó el monarca haciendo sacar á todos cuatro los ojos, horrible pena que las bárbaras leyes de aquel tiempo autorizaban; añadiendo el obispo cronista la circunstancia difícilmente creible, de que Veremundo ó Bermudo, ciego como estaba, logró fugarse de la prisión de Oviedo, y refugióndose en Astorga, se mantuvo independiente en esta ciudad por espacio de siete años, aliado con los sarracenos (4).

Si fueron estas disensiones domésticas las que animaron al príncipe Almondhir á penetrar en los Estados de Alfonso, engañáronle sus esperanzas, pues pronto las márgenes del pe-

(2) Conde, cap. 54.

(3) Sampiro, Chron. c. 1.—Rózase esto con el oscuro y cuestionado origen del reino de Navarra, de que volveremos á hablar luego.

(4) Id. 1, c.